

I CERTAMEN DE CUENTOS

«PREMIO ATENEA»

SALAMANCA







Ilustraciones de  
AURORA TOLEDO

I CERTAMEN DE CUENTOS  
«PREMIO ATENEA»

I.S.B.N.: 84-7797-067-X.  
Depósito legal: S. 416-1991.

En Salamanca, el día 18 de abril de 1990, se reúne el jurado, compuesto por:

M.<sup>a</sup> Dolores Pérez-Lucas, escritora.

Mercedes de Sande Bustamante, Doctora en Filología Románica.

Alberto Moreta García, Licenciado en Filosofía y Letras.

Enrique de Sena Marcos, Periodista.

para fallar el Primer Certamen de Cuentos «Premio Atenea» de Salamanca, cuyo resultado fue el siguiente:

1.º Premio. *Probablemente diciembre.*

2.º Premio. *Retorno a los Orígenes.*

3.º Premio. *Arsenio Bodelón Lechuga.*



## I CERTAMEN DE CUENTOS ATENEA - 1990

*La idea de fundar una Asociación surgió hace seis años, cuando un grupo de mujeres, animadas por loables inquietudes culturales, decidieron reunirse periódicamente, para intercambiar ideas, comentar el último libro que habían leído o charlar sobre temas de actualidad.*

*Así nació la Asociación de Mujeres Atenea. ¿Qué mejor nombre podían dar a una Asociación como esta, que el de la patrona de Atenas, la diosa griega del Arte, de los Oficios y de la Sabiduría?*

*Pronto otras mujeres, igualmente deseosas de llenar los ratos que sus deberes de amas de casa les dejaban libres en algo que las enriqueciera culturalmente, se fueron uniendo a las primeras y participando en actividades comunes.*

*Actualmente la Asociación cuenta con 35 mujeres, a las que les guía un mismo espíritu de superación.*

*Este espíritu fue el que les llevó a crear un Premio de Cuentos que ostentase el nombre de la Asociación. Un Premio, eso sí, de especiales características, ya que sólo pueden concurrir a él mujeres. ¿Feminismo a ul-*

tranza? No, sencillamente el deseo de unas mujeres de abrir puertas a otras mujeres: escritoras, en este caso.

Es, pues, un Certamen de signo femenino, tanto en lo que a sus fundadoras se refiere, como a las participantes. Sin olvidar que el nombre de la diosa griega por el que se identifica, femenino es; y que femenino es, también, el nombre de Salamanca, la ciudad donde ha sido creado. Una ciudad a la que Pedro Antonio de Alarcón compara a una rica hembra. Y a la que yo imagino contemplándose coqueta en el claro espejo del río Tormes, y sonriendo satisfecha de su imagen, al verse ataviada con el dorado de la piedra de sus fachadas, y alhajada con las joyas de sus incomparables monumentos.

Si alguien piensa que el signo femenino del Certamen podía restar éxito a la convocatoria, se equivocaría. Yo, que he formado parte del Jurado, puedo decir que ni el número de originales recibidos de distintos puntos de España y del Extranjero (cerca de 200), ni la calidad literaria de los mismos, se han visto condicionados lo más mínimo por este signo femenino.

Esto demuestra que las mujeres tienen mucho que decir en el campo de las Letras y, más concretamente, en el género del cuento o relato corto que, ahora, nos ocupa.

El jurado formado por: Alberto Moreta (Profesor de Lengua y Literatura), Mercedes de Sande (Doctora

en Románicas), Enrique de Sena (Periodista) y por mí, después de proceder a una primera selección de los originales que cumplían las Bases del Concurso, y tras varias reuniones, eligió tres para deliberar sobre ellos y decidir, por votación, a cual se le otorgaría el Primer Premio Atenea - 1990.

La votación dió como ganador al cuento titulado: «Probablemente Diciembre». Y, una vez abierta la correspondiente plica, se conoció que el nombre de la ganadora era: Rebeca Arce Alvarez, de Madrid (Licenciada en Filología Arabe). Quedando como finalistas los cuentos titulados: «Retorno a los orígenes» (autora: Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez, de Salamanca), y «Arsenio Bodelón Lechuga» (autora: Carmen Busmayor).

Son estos unos cuentos de diferente temática e indudable interés, que sirven de digno punto de arranque a los que les irán sucediendo en futuras convocatorias. Ya que espero y deseo que este Premio Atenea, que hoy dá sus primeros pasos, tenga una larga y fecunda andadura, y que sirva, tanto para revalidar a conocidas escritoras, como para promocionar a las noveles. Pienso, en fin, que el objetivo que la Asociación Atenea se propuso al convocarlo, ha sido plenamente logrado. Por lo que felicito a las entusiastas mujeres que tuvieron tan excelente idea.

M.<sup>a</sup> DOLORES PÉREZ - LUCAS ALBA





REBECA ARCE ALVAREZ

«Probablemente Diciembre»

1.º PREMIO

**DEDICATORIA:**

«¿Un paso atrás? Ni para tomar impulso».  
A todos los que, con tanta paciencia, me quieren.

De Gijón, donde nací, conservo el mar como referente y la humedad en los pies; de Granada, la luz, los callejones y los mejores amigos (también una Licenciatura en Filología Semítica); luego, el desierto, Kuwait, cuya realidad implacable viví dos años antes de, ¿definitivamente? instalarme en Madrid. Desde aquí hago incursiones en todas las vidas que no de son ajenas: calle Factoría de La Habana, Montera en Madrid, Oidores en Granada; mi barrio es tanto el Matonge como el Albayzín o Malasaña. Me gustan el ma-kossa, las bulerías, el son montuno y, por lo demás, escribo lo mejor que puedo.



*«Suave como el peligro atravesaste un día  
con tu mano imposible la frágil medianoche  
y tu mano valía mi vida, y muchas vidas  
y tus labios casi mudos decían lo que era el pensamiento».*

*Leopoldo M. Panero*

Era probablemente Diciembre o quizá los finales de un Enero trastornado; la verdad, ni hoy lo sé muy bien. Sí guardo todavía aquella sensación de frío desaliñado en las calles y el calor pastosamente orondo de los locales. Tú habías salido con una novia de esas tan eternas como los trajes o las gorras de pana que duran inviernos, se ajan en los filos, se emporcan y uno sigue no sólo conservándolas sino poniéndoselas. Me habías llevado precipitadamente a cualquier concierto de principiantes moribundos antes de estrenarse. Luego tomamos cervezas, tú para rascarte las tensiones al borde de los vasos y yo seguramente porque ya andaba planeando algo en la trastienda de lo consciente. Recuerdo que la oscuridad arañaba sin quejarse la calle cuando desapareciste en un taxi junto a la puerta del último bar y que no pude oír adónde aunque no pretendiera espiarte. Yo fuí andando tranquilamente hasta casa y entré renegando de la industria textil. Quería dormir, acabar la noche por una vez dignamente y partirle los rasgos al silencio

contra tu boca sin extremos, sin embargo un insomnio masoquista me despejaba todo el cerebro. Frente a la botella de ron añejo cabían todos los mundos y en su nivel menguante rodaban negros guiños rizados sin pelo. Al segundo vaso me reconocí en la mancha grotesca del espejo; el tercero me dejó vacilantes tristezas amarillas, pringoso el escote, cierto regusto a deseo pero no el sueño.

Sabía que no íbas a volver, que me incorporaría a la mañana sin tí, con la luz extraña del mediodía sobándome los hombros, que intentaría rastrear tus señas de ocasional habitante: el tazón de café, la bufanda insinuándose desde la percha, el par de zapatos apoyados en un recodo... Los miraría como si de una lámpara mágica se tratara y desde su interior se pudiera ir concretizando en volutas asimétricas tu cuerpo. Sabía que, vigilante, esperaría el sonido de las llaves girando en la puerta y el cascabel de su tintineo anunciante de tu risa sin disculpas.

Tampoco sé cómo había sucedido muchos meses antes que de los balcones tardíos llegara hasta tí, asombrados los sentidos, huecos los lunares blancos en un remolino carente de vértigos. Un día acaricié tus ojos y me quedé a vivir en su color de zócalo griego.

Porque sabía que no íbas a regresar hasta pasada la hora del almuerzo y para no echarte tanto y tanto de menos quise llenar la noche con algo trivial y absorbente: limpieza general. Podría ser reconfortante la terapia de la escoba y el agua. Me sacudí cristales helados que poco a poco se me adentraban en las venas y creo que puse las perchas en la lavadora; llené bolsas con todo lo que en un arranque de orden parecía inservible o caduco. Tuve auténticas tentaciones de tirar la basura por la ventana, tú bien sabes que el camión para justamente debajo; no me parecía tan descabellado ser capaz de acertar —acertar en lo más simple hubiera sido una experiencia nueva—, se me antojaba fácil ir dejando caer las bolsas en el camión desde lo alto, oculta en la nocturnidad evidente, como si los gatos dueños de mis aleros hubieran leído recientes octavillas municipales plagadas de normas cívicas y se dedicaran a lanzar meteoritos de restos a la calle. Me privó de ello ese afán tan mío e irremediable por equivocarme y, he de confesarme, la remota posibilidad de no equivocarme. Si acababa con éxito la operación sin ser descubierta, ¿cómo podría después soportar mis yerros a cada momento desestimando la adicción que seguramente acompaña a un triunfo por pequeño que éste sea? Hubiera sido tremendo caer en el empeño ciego de coronar así los intentos nimios de todos los días. Pensando estas

cosas me asomaba al alfeizar, sonreía peinando las sombras e imaginaba la cadencia, una a una, ploff, ploff, ploff... llovidas lentamente desde ninguna parte. Sopesadas las opciones, como al caso correspondía, amontoné las masas amorfas junto al dintel de la puerta.

A base de escobazos logré apartar briznas de lágrimas, cascotes de nostalgia y brotes de tristeza. El odio no pude arrinconarlo. Era un odio general y sin filiación que se desbocaba en rabia absurdamente contenida. ¿Llorar? Jamás.

Otro vasito de ron que conjure las melenas azuladas que se me pegan a la lengua.

(Por las pestañas crespones sin cielo).

Otro vasito.

Olían mal las condenadas bolsas y ocupaban espacio en exceso. Conseguí deshacerme de alguna porquería en el primer descenso al portal —los raspones sobre las paredes me conocen, luna urbana sin trenzas, acudiendo bajo plisados de deseo hasta la horizontal inequívoca de tu muslo exacto como la sangre detenida y largo como un destierro—. Sigue haciendo frío y entro rápidamente, con otro viaje, cuidándome de no tropezar, habré bajado el resto. Apenas llegando al rellano desde donde espío siem-





pre la rendija de nuestra puerta por si hay una luz que señale tu presencia me asusta un bulto blando parlante —¿cuándo perderé la costumbre de subir a oscuras en vez de la paciencia?—...

Hoooola.

¡Ah! Hola.

Precisamente acabo de llamar en tu casa, pero —le rompo la frase—. No. No hay nadie. Paco ha salido y yo estoy sacando la basura.

Buena hora. El camión pasó hace rato.

Ya. Lo he visto desde la ventana.

Enredo la conversación. Lo enredo a él. Con tal de no verme lanzada a las cuerdas de los relojes donde el tiempo sin tí resbala grasiento soy capaz de aceptar la invitación y subir hasta su guarida —gólgota de peldaños con el pasamanos de hierro— para oír sus canciones y los ineludibles comentarios en directo. Sin darme un respiro se abalanza sobre el tocadiscos. Creo que me ofrece vino y me siento. Habla. Habla y habla sin parar. Escribe canciones y también versos. Claro. La música la pone él, los arreglos un primo suyo de Oviedo. Bueno. Su apología de sí mismo, incluyendo pequeños lapsus de autobombo con melodía de platillos se alarga más que la botella de tinto. Aprovecho que va por hielo para marcar nues-

tro número en el teléfono. No has vuelto. No tienen; sufro la cara «b» con whisky. Sigue hablando. Mientras habla va sobrevolando el cuarto como un pájaro negro y se engancha en alguna letra partida que cuelga del techo. Le parece mi mueca entendimiento y confirmación a cada uno de sus epitafios, a cada ángulo de sus requiebros. —Tú, estoy segura, repetías los gestos conocidos en los altares de la noche con los dientes de par en par como campanarios abiertos—. Pretende vomitarme caricias a quemarropa, ponerme en los pechos los acericos de sus labios fofos y yo no quiero. —Déjame un rincón para odiarte aunque sólo sea en lo cómico de este acoso—. Aburrido con la historia de si mismo, borracho y cansado se va durmiendo. Respira con la energía de un hipopótamo mojado sacudiéndose las gotas o el hastío. Retorcido en el sofá y plegado por lo que debe ser, más o menos, la cintura se sopla las babas en el sueño.

Me amodorré en un sillón porque me latía el cerebro.

Yo casi nunca sé ni recuerdo, una medianoche me sorprendí como buho sereno en tu costado imposible pero cierto. No reniego de tí sino de estos siete astros temerosos mordiéndome el cielo de la boca.



Humbra



Abro un ojo: ahí sigue el harapo gigantesco. Abro el otro: la cubitera deshelada y las pupilas húmedas de los vasos me miran desde la mesa firmes en su desconcierto. Asco. Asco de su letargo, de tu ausencia repetida, de su proximidad y de tu desdoblada vida. En la cocina busco café, aún no sé —¿o sí?— que no voy a beberlo. Retazos de rayos fríos ponían trampas a la penumbra de las baldosas agrupadas en virginales crucigramas mientras los barrenderos comenzaban a regar las aceras lanzando chorros contra excrementos, botellas hechas añicos y papeles, destruyendo el olor verde de los recovecos donde los borrachos vacían estómagos e intestinos maltratados. Suena a burbujas la cafetera. Me acerco despacio. ¿Por qué no? Soplo las treinta llamas de gas azul cobalto —tus treinta años que jamás podría apagar—. Vuelvo a soplar.

Para que aprendas.

Cuatro pisos cuesta abajo. De puntillas. Yo siempre he andado de puntillas por tu doble vida. No estás y huele a lejía. Me doblan el cansancio y el alivio del trabajo satisfactoriamente realizado. Al ir quitándome perezosamente la ropa lo imagino a él en su sopor definitivo creyendo que es extraño el perfume de mujer cercana que en esa ocasión le abriga el sueño. A nadie le parecerán raros ni su despiste

ni el desastre. Es de día. La claridad contundente pone brillos acerados a los contornos de los muebles y reposa juguetona en la panza de jarrones y frascos. Antes de que la fetidez gaseosa pueda colarse hasta mi alfombra algún vecino de los que madrugan buscará su origen escalera arriba.

Tuvo que ser Diciembre porque los calderos aún no sudaban estaño y en las ventanas había cortinas leves de vaho. Me despertaron policías y bomberos, incluso una ambulancia, que a todos preguntaron, pero poco anotaron en sus libretas arrugadas. La portera se ensañó hablando de las costumbres y renchillas de toda la casa, lo que posteriormente dio lugar a una maremagnum de desprecios y reavivó polémicas olvidadas sobre ruidos, animales domésticos, préstamos de azúcar, aceite y otras nimiedades. Resultaba claro que aquel pobre muchacho de hábitos poco recomendables, olvidadizo y noctámbulo, sin orden y juerguista había sido víctima de sus desmanes. Ejemplar y edificante.

Sí. Yo me lo topé en la escalera. ¿A qué hora? No sé. Sacaba las basuras, el camión hacía rato que había pasado. Sí, él bajaba.

Tú regresaste a media tarde con un elefante de chocolate envuelto en papel celofán que crujía como escarcha quebrada.

Sí, juraría que fue en Diciembre va a hacer casi tres años; yo, por si acaso, he decidido dejar de beber.





**MERCEDES AURORA  
BLANCO RODRIGUEZ**

«Retorno a los orígenes»

**2.º PREMIO**

**DEDICATORIA:**

A mis padres que hicieron posible esta historia.  
A mis hermanos que me la contaron.

**PREMIOS LITERARIOS**

- 1975 Mención honorífica concurso de cuentos «Villa de Guardo».
- 1977 Primer premio de poesía certamen literario «San José Obrero».
- 1983 Primer premio de Poesía «Juan Bravo»-Ediciones Gallego.
- 1986 Premio poesía TVE en Asturias.
- 1987 Primer premio artículos periodísticos El Almendro.
- 1987 Primer premio artículos periodísticos sobre La Fresa.
- 1988 Primer premio artículos periodísticos sobre La Fresa.
- 1989 Accésit I Certamen Nacional Semana Santa Zamorana.
- 1989 Botijo de cerámica Justas Castellanas de Dueñas.

- 1990 2.º Premio de Cuentos Asociación Atenea.
- 1990 Primer premio de cuentos Villa de Guardo.
- 1990 Segundo premio de poesía Casa de Aragón en Madrid.
- 1990 Accésit de poesía taurina Peña «El Litri» en Calatayud.
- 1990 Primer premio de poesía Asociación M.<sup>a</sup> Moztezuma en Alba de Yeltes.

#### DATOS BIOGRAFICOS:

Nací una madrugada de Reyes junto a los raíles del ferrocarril de la línea Salamanca-Frontera Portuguesa y fue, probablemente, el arrullo de los trenes el que encendió de fantasía mis sueños arropados por un monte de encinas que me impedían ver el horizonte tras el cual decían que estaba el pueblo del que oficialmente soy natural: Aldehuela de la Bóveda. Aunque no sé por qué razón me bautizaron en Rodasviejas.

Crecí campesina de cuentos inventados al amor de la lumbre, furtiva vareadora de bellotas maduras, pueblerina de versos infantiles perfumados de humo.

Luego pasó la vida apresurada y seguí desahogando los silencios escribiendo la voz que hería sentimientos.

Ahora de tarde en tarde, cuando mi condición de proletaria lo permite, continúo insistiendo en la ingrata tarea de pintar la palabra de esperanza para vestir hermosa la oscura realidad.

## 1938 - EL EXILIO

Tenía dos años y cinco meses, cuando mis padres, en lucha abierta contra sus sentimientos, decidieron hacer las maletas y tomar el primer tren con destino a Francia.

Me vistieron el traje de pájaros azules y lazos encarnados, que le había quedado pequeño a la hija del Secretario, y sobre la cadera izquierda de mi madre, anduve el camino alfombrado de hojas amarillas, que separaba la casa de la estación. Me gustaba escurrirme por su muslo vestido de domingos, brillante y resbaloso de satén barato, hasta que la obligaba a dejar en el suelo su equipaje y colocarme de nuevo en su cuadril. Esta operación se repetía tantas veces como yo fingía no poder con el sueño.

La mañana era fresca. A pesar del gorro y la toquilla, sentía moquear mi naricilla helada. Estaba amaneciendo y el rocío ponía un toque de humedad en el ambiente. Oía el campo a bellotas verdes, a

humo de los fogones y a próximo invierno y no sé por qué, yo notaba un nudo en la garganta a medida que nos alejábamos del lugar donde había nacido, junto a los raíles del ferrocarril.

No comprendía muy bien las razones del viaje; mis hermanos nos seguían, cada cual con su bulto al hombro, que de tan pequeños como eran, apenas podían. Andaban rezagados, lentamente, para que no les vieramos llorar, secándose las lágrimas con el reverso de su mano libre.

El tren llegó chirriando y paró muy despacio. Primero subieron los chicos remolones, arrastrando su angustia. Después mis padres, una última mirada al horizonte, adioses perdiéndose en el viento destruyéndole el alma. Yo pasaba de unos brazos a otros sin hallar acomodo, hasta que conseguimos encontrar asientos para ir todos juntos.

Teníamos billetes de tercera y no por casualidad, era el coche más lleno. Los fardes enormes, repletos de zaleos y algo de contrabando, amenazaban con venirse encima y bajo los banquillos de listones de madera, maletas de cartón atadas con cuerdas y cestas de mimbre, olían a morcilla y pan reciente. De no sé cual de ellas, salía un tímido pío-pío que me sirvió de grata compañía, quizá lo único hermoso en medio de tanto desconsuelo.





La gente hablaba alto, casi a gritos y contaban llorando como un carabinero había tirado al suelo sus cuartillas de aceite, que portaban ocultas entre el montón de enaguas. Como si la tierra necesitara aliño para engendrar cebada. La tierra, que arañaba mi padre con sus manos para sembrar primaveras doradas. Los surcos retorcidos se bebían el agua y el sudor. Ahora quedaba sóla, abandonada, muriéndose de ausencia, de falta de caricias de dedos de uñas rotas, gastadas de arañarla cada día. Ya podía la cabra meterse en el sembrado; arrancaron la estaca y la dejaron libre. Nos miraba con una inmensa pena, inmóvil, sin osar estrenar su libertad. Nos siguió un buen trecho, luego se quedó atrás, vencida por el peso de las ubres.

Soñando ríos de leche espesa y tibia, me acurrugué viendo pasar los postes de jícaras verdosas brillando cegadoras, estimulando los fantasmas del miedo que se cernían sobre mi cabeza. Me removí inquieta en las rodillas de mi hermano, que ajeno a mi problema, permanecía triste, con la nariz pegada en el cristal, contemplando los montes que se iban.

El revisor, laureles en la gorra, uniforme de dril descolorido, hizo acto de presencia, autoritario y grave, pidiendo los billetes. Saludó a mi familia apretando impotente su taladro:

— Os vais para quedaros...?

Mi madre alzó la vista al infinito y apresuradamente aventuró:

— Volveremos cuando esto haya pasado, si Dios quiere...

Solía rematar siempre sus frases con la misma expresión. Pero Dios, si es verdad que es justo y bondadoso, debía de estar muy lejos, ajeno a nuestro drama, madurando esperanzas, quien sabe en qué planeta.

Hablaron los dos hombres muy bajo, susurrando supuestas maldiciones. Se despidieron casi sin mirarse para evitar visibles emociones en los ojos de ambos, porque sólo le estaba permitido el llanto a los cobardes. Palmadas en la espalda y que haya suerte...

El tren entró en un túnel largo y negro y por la ventanilla estropeada el humo se filtraba y nos ahogaba. En la plataforma, unos soldados entonaban un himno de camisas nuevas y luceros en guardia. Escuché atentamente: ya no piaba mi amigo de la cesta.

La mano suave y dulce de mi madre atusaba mi pelo. Yo me fuí adormeciendo en su regazo, hasta caer rendida en el ensueño de mis fantasías inconcretas y bellas, de plateros de azúcar y algodón llevándome en el viento, volando por encima de la guerra.

Cuando me desperté unas voces extrañas llenaban mis oídos. Caminábamos lentos, tratando de orientarnos en un paisaje hostil. Hasta el aire se notaba más frío y más violento. Llovía sobre el asfalto vistiéndolo de espejo. Me acordé de repente de la cabra, la pobre cabra nuestra, que andaría perdida, balándole sus penas a la luna.

## 1958 - LAS VACACIONES

En la frontera cambié de departamento. Deseaba estar sólo para saborear el paisaje de España, perdido en mi recuerdo como un sueño difuminado y grato. Pagué la diferencia y pasé a disfrutar de la primera clase.

La policía llegó pidiendo pasaportes. El mío estaba en regla. Observaron la foto. Me miraron. Pasaron varias páginas recelosos. Recitaron tres veces mi apellido —debieron asociarme con algún sospechoso que yo no conocía—. Comentaron entre ellos, algo que no entendí y el más autoritario se asomó descara-do al borde de mi escote.

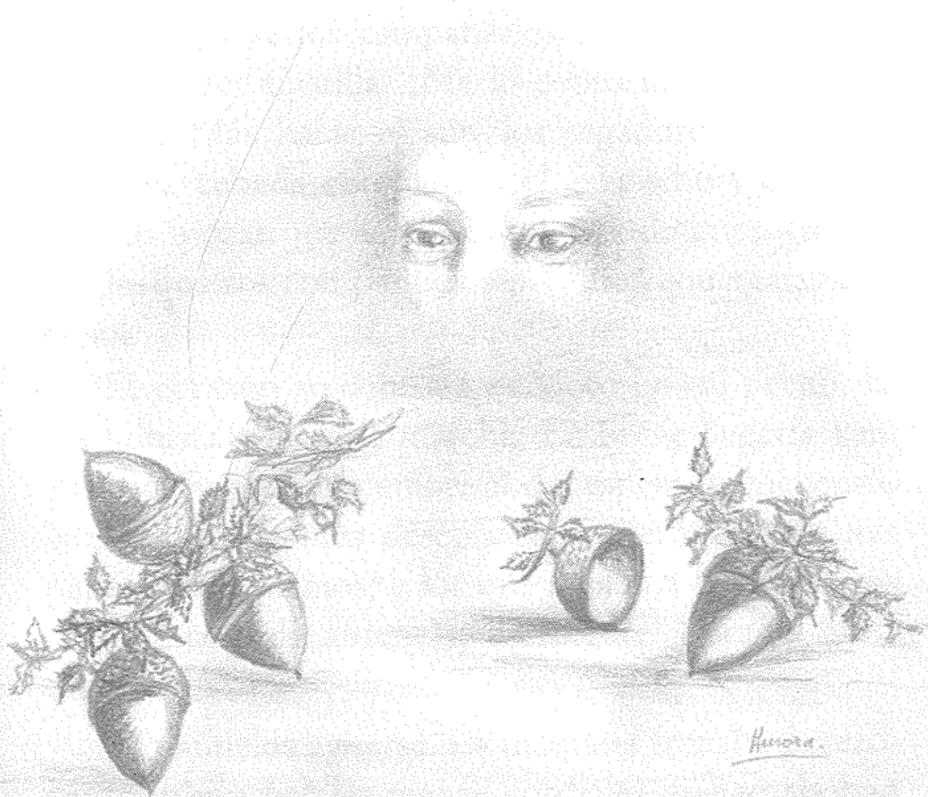
— ¿Motivo de la estancia en nuestra Patria?

— Turismo. Solamente turismo.

Sonrieron levemente, mientras uno de los dos, hizo ademán de registrarme el bolso. Abrió la cremallera y de una ojeada examinó mi pobre equipo: dos blusas, una bolsa de aseo y un libro de poemas dedicado; versos amargos, llenos de añoranza, de un poeta maldito, muerto de incomprensión y soledad, arrojado al vacío del exilio, privado de saborear las mieles del regreso. Me alegré de que no le gustara la lectura. Volvió a poner las cosas en su sitio y se fueron en pareja, pasillo adelante en busca del delito.

Algunos viajeros descendían del vagón para desentumecerse. En el andén cenaba una familia de emigrantes, acomodados sobre sus maletas. Los niños, esos niños sin tierra, correteaban por entre las tarteras, con los trajes ya sucios del largo deambular, esquivando la mano de su padre, pronta para el azote, mientras la madre recogía en el halda sus cuerpecillos hartos de ajetreo y dulcemente les acariciaba, les besaba los ojos cansados de ver paisajes pardos, que en nada se parecían al suyo. Los adultos se bebían a tragos la esperanza mezclada con el vino que brotaba espumoso de la bota.

El silbato de aquel ferroviario anunciando que el tren iba a partir, me sacó de mi ensimismamiento. Apreté los párpados con rabia y me dispuse a aprovechar la noche para reparar fuerzas.



*Hunter*



Metida casi ya en la madrugada, se apoderó de mí un sopor placentero al que me fue imposible controlar. Y me quedé felizmente dormida...

Cuando me desperté, me dí de lleno con un hermoso día de trigales de oro, de trillos arrastrados por bueyes, de yugos y de flechas marcando los caminos, de álamos dorados en la margen del río, de nidos de cigüeñas sobre los campanarios. Sin duda todo ésto debía de ser Castilla. ¡Me lo contó mi padre tantas veces...! Más hacia el sur, los segadores duros del pan y la cebada compartían el gazpacho y el botijo con las mozas que acarreaban haces de mies, cubiertos los rostros con pañuelos para no quemarse con el sol.

El corazón se contraía nervioso en mi pecho. El maquinista aceleró la marcha. En breve llegaría a mi destino. Rumiaba la emoción del esperado encuentro con aquellas gentes desconocidas, hermanos de mis padres, tíos, primos, a los que amaba a través de sus cartas largas de ausencia, entre reveladoras y asustadas.

Ví pañuelos agitarse. La máquina frenaba perezosa. Eran muchas las manos cordiales que se alzaban y las voces se aunaban para gritar mi nombre. Era mi pueblo que salía a recibirme. Aquel que una mañana fue testigo del llanto de mi madre, que humede-

cía mi gorro de bebé, cuando le dije adiós. Y ellos eran los míos abrazándome, oliendo a paja seca, a bellotas y a humo. El recuerdo más fuerte que conservaba.

## 1982 - EL REGRESO

Me había costado decidirme, pero al fin, allí estaba, en la estación de Austerlitz, empujando el carrito cargado de maletas. Miré el reloj. Aún me sobraba tiempo para tomar café, el último en París.

Saboreando estaba la incertidumbre de mi nuevo trabajo, el temor a enfrentarme con lo desconocido, la diferencia de hábitos, las muchas novedades que se presentarían, cuando un grupo nutrido de personas alborotó mi calma. Era tal mi abstracción que hasta que no rompieron sus voces el silencio, rodeando mi cuello con sus brazos, no advertí la presencia de los que habían venido a despedirme. Me llenaron de flores y champán. Bebimos sobre el tren las últimas promesas de no olvidarnos nunca. El literista les ordenó bajar amablemente y me quedé a solas con un adiós prendido en el espacio que no recogió nadie.

Me acordé de mi madre. Si viviera... Sería mi compañera en este viaje mil veces proyectado. Ahora

yo regresaba a los orígenes y mis queridos muertos quedaban aguardando su resurrección bajo una losa escrita en castellano, completamente sólo. Le juré que sus cuerpos yacerían juntos en el pequeño cementerio del pueblo que albergaba los restos de los seres que amaron más allá de la muerte.

Me invadió sin querer, una pena infinita cuando la locomotora pitó como un gemido. Un suspiro brotado de mi pecho, se escapó a través de la ventana. Coloqué la escalera y fui subiendo todo el equipaje. En mi bolso de mano esperaba aquel libro de poemas, ajado por el tiempo y las caricias, que cariñosamente él me había dedicado, para cuando creciera y entendiera el sentido de su palabra ronca y desgarrada. Mi memoria no guardaba su imagen. No podía recordarlo, era muy niña cuando él agonizó, pensé que acallaba mi hambre con sus versos y mecía mis sueños con nanas de la tierra.

Cruzaba raudo el tren por entre los viñedos y los vendimiadores se afanaban por terminar antes de que la lluvia estropeará la uva. Se notaba en su garbo que la gran mayoría procedían de España.

Se hizo la obscuridad. Cené en el restaurante ligeramente. Me dispuse a un descanso necesario, acompañado por el mismo vaivén que mecía mi infancia hacia el exilio. A medida que el tren iba avanzando,

renacían en mí los sentimientos que voluntariamente yacían archivados en el fondo de un forzado olvido.

¡Volvía para quedarme! Inconscientemente me lo repetía sin hacerme totalmente a la idea. ¿Qué historia le podía enseñar a mis alumnos que ellos no conocieran? Me avergoncé de pronto del pasado sin patria, ajena al sufrimiento de los que sucumbieron en la defensa de sus ideales. Pero no era culpable de que el capricho inútil de una guerra me hubiera robado una parte importante de mi vida.

Comenzaba a llover copiosamente y por la superficie del cristal, las gotas formaban mil caminos que al final se encontraban. Me tapé con la manta y noté el calorcillo de la lumbre del pueblo abrasándome el alma. Bien mirado aún me quedaban años por delante y amigos que esperaban mi regreso y una esperanza añeja que ahora resucitaba...

Cuando me despertaron estaba en la frontera. Sellaron mi pasaporte sin hacerme preguntas indiscretas. Miré por la ventana haciendo caso omiso al «es peligroso asomarse al exterior». Respiré el aire húmedo del norte que seguía oliendo a humo, a bellotas y a tierra mojada propicia para sembrar en ella semillas de tronchadas ilusiones. Me atusé el pelo ante el espejo. Algunas canas me delataban. Me coloqué el

sombrero y me acerqué a tomar un café calentito en la cantina. Un hombre se volvió, me regaló un piropo elogiando las piernas de la mujer francesa y siguió su trabajo entre las vías, en mitad de una noche de retornos y de resurrecciones.





*Dedicado a:  
Ramón Carnicer.  
Elena Santiago.  
Alfonso García.*

**CARMEN BUSMAYOR**  
«Arsenio Bodelón Lechuga»

**3.º PREMIO**

Pseudónimo de Mary Carmen López López, nació en Busmayor (León), y ejerce, aunque domiciliada en Fabero, como profesora numeraria de Lengua Española en un Instituto de F.P. de León capital. Prepara su tesis doctoral sobre «El lenguaje poético de Antonio Pereira».

Poéticamente se da a conocer en el verano de 1984 en la XIX Fiesta de la Poesía de Villafranca (Encuentro de la Poesía Leonesa), y ganó a continuación el segundo premio del IV Certamen Autonómico de Poesía «Casa de la Cultura» de Ciñera de Gordón (León), el segundo del «Certamen Comarcal de Poesía» de Cacabelos (León) y el Premio Nacional de Poesía «Ciudad de Ponferrada» 1986.

Autora de Poemas de la urgencia (1985) y otros siete poemarios inéditos, sus poemas figuran en varias revistas poéticas, en la antología IV Selección de Voces Nuevas (Madrid, Torrezozas, 1987) y en Antología de poetas bercianos (Ponferrada, CEP, 1988), ganadora de Premio Nacional de poesía «Ciudad de Astorga», 1990.



Las manzanas, Arsenio. Sí, las manzanas. Los espejos. ¿Cómo los espejos? Sí, los espejos, pulpa claridad para el invierno que perfuma toda la bodega sobre sacos de esparto muy cosidos, sin duda. Los nuevos deben reservarse para otras cosas. Hombre, también puede colocarse sobre paja, pero la paja hace falta para el ganado, sobre todo para hacer el mullido a las vacas recién paridas.

Desde luego, Arsenio, a juzgar por tu cara pareces extraplanetario, o mejor extraterrestre. ¿No serás tal vez la representación andante de los gigantes moscovitas que anuncia el diario a dos columnas? Mira, Arsenio, por debajo de tu alma, entre tu alma, fulgen esplendorosamente, gratamente las manzanas, los niños brincando en el corredor con manzanas robadas, las más sabrosas, olorosas, ellas mismas sin labios, sin orejas, sin narices. Porque tiene narices que no recuerdes las manzanas. Sí, las manzanas, las castañas, el magosto, las cerezas. ¡Ah, las cerezas qué poco duran! Se van como los besos almibarados de

la adolescencia cuando cabalga el ácido sudor de la tempestad sobre las ilusiones rosas.

Pero mira que eres bobo, más que bobo, tontorrón. Ea, escúchame, soy tu cuerpo sobre esta silla de formica, ¡qué incómodas las sillas de formica!, o mejor, tu conciencia; sí, tu conciencia impaciente. Sube, anda, sube hasta encontrarte. Ya estoy harta. Me tienes harta con tanta quietud, a pesar de que tampoco me gusta ese trasiego de coches, de semáforos, de ascensores. El oreo, ¡ay, el oreo! Y las manzanas, asadas, crudas, en compota, en compota. Ya, ya, si las habré menester, como que me cortaré una ramita del manzano injertado que está en el patio junto a la parra. Esa parra escuálida, culebreante. ¡Qué manía le tengo! No puedo disimular que no me atraen las parras; sí, las viñas, los pámpanos, el variado color de los pámpanos. ¿Y la vendimia? ¡Oh, la vendimia, la vendimia, hombres, mujeres, adultos, jóvenes, muchos jóvenes, cuadrillas, regocijo, canciones, bromas, uvas, muchas uvas, negras, blancas, blancas, negras, carros de uvas, tractores de uvas... Me gusta, se instala en mí alegremente, plácidamente, felizmente. Tengo que recuperarla, recuperarla. Me sienta bien. Me reconforta. Me congratula, sí, este ensanchar y ahondar en mi vocación apegada a la tierra, desde la tierra, por la tierra. Sí, así es, ¡qué verdad más grande!

¿Me sigues lo que te digo, Arsenio? En efecto: o sea, te sigo, pero reconoce que te has vuelto bastante pesada con eso de que debo salir, caminar, caminar, correr, incluso. Date cuenta que mis piernas claudican. «Claudico, claudicas, claudicare, claudicavi, claudicatum». Reminiscencias frailunas, eso que duré poco tiempo. Enseguida el hermano Isidoro, «Mano Grande», con su ojo avizor se percató de mi ausente vocación y sugirió a mis padres que me llevaran». El chico no es buen modelo para el resto de sus compañeros. No, no le sucede nada, sólo que carece de vocación. Su ejemplo no debe cundir; mejor que se lo lleven. Espero que lo entiendan. Bueno, a lo mejor no son mis piernas, aunque eso influya. Lo que realmente me lo impide es... ¿no lo adivinas? Ella, mi voluntad. Lo confieso, no sin cierto rubor. Ella, ella la culpable de todo, desde aquel día... No, no. Tengo que olvidar aquel día... Pero en cualquier caso, esto es un despropósito. Yo no voy a correr ningún maratón, ni siquiera a participar en la milla urbana de Fabero. Basta con que salga al jardín y contemple las hortensias. ¡Cómo han crecido las hortensias esta primavera! En proporción más que las lilas, ¡hay que ver! Ah, las lilas. Los jardines con lilas resultan muy atractivos, casi afrodisíacos. Ella era como una lila boscosa plantada en mi enamoramiento, como una

lila blanca. «Fíjate, las blancas son las más bonitas, ¿no crees? Pero, ¿por qué te lo pregunto? Ya me conozco la respuesta. A ti te gustan más las otras; a mí, a mí las blancas por eso de que lo blanco no pierde. ¡Qué vulgaridad! Me lo reprocho, créeme. En ocasiones manifiesto una sensibilidad exquisita, pienso, y de repente voy y lo chafo todo. Obviamente nada me separa de un personaje plano, ¡con lo que admiro los redondos! En fin, debo aceptarme tal cual. Tú también me aceptas así. ¡Gracias, gracias! ¿Qué menos? Aunque pensándolo bien eso resulta impropio entre nosotros; hombre, queda finísimo entre extraños, pero únicamente entre extraños; sólo faltaba que tú y yo tuviésemos que andar a todas horas dándonos las gracias.

¡Ay, la pierna, la pierna izquierda! No te dejes dominar. Vence esa tentación de la silla. Si se tratase de una poltrona aún tendría su explicación, pero esa silla de formica... Nada, a la calle, a la calle... Ah, no olvides tus gafas impolutas ni tu gabardina verde. La calle, la calle... ¡Pues no me da la gana, no salgo! ¡¿Qué?! Eso, que no salgo. El retiro es un premio. Tómallo como quieras. Me quedo, ¿lo oyes?, ¿cómo quieres que te lo diga? Qué afán conque salga. «¿Salimos esta noche? Me apetece ir al filandón a casa de la Graciana, ¿qué te parece?». «De acuerdo, iremos.



Kurova.



Yo tampoco resisto la tentación de escuchar los chistes sobre el Casiano. A propósito, ¿qué fue de él?». «Dicen que vino en el periódico. Al parecer la novia lo abandonó robándole todo el dinero y se echó al monte. Allí permaneció doce días hasta que un pastor lo encontró. Pesaba treinta y cuatro kilos tan sólo, pues su único alimento era el agua. Los que vieron la foto comentan que nada lo diferenciaba de un esqueleto.

— Hermoso día, carta para don Arsenio Bodelón Lechuga.

— Gracias, sor Teresa María de los Dolores Engracia. Muy amable. Sabe, es usted la hermana, la hermana más atenta, la más diligente y la más guapa. Su presencia me produce bienestar.

— Ande, ande deje sus piropos. Me va a poner colorada. Como todos los días, hoy tenemos mucho trabajo, así que ¡hasta luego! Ah, no olvide ese asunto que tenemos a medias.

— No, claro que no.

Qué raro suena eso de don... Pero a cierta edad, hay que reconocerlo, le hace sentirse a uno importante, hombre, no tanto como Napoleón o Gorbachov, pero si muy próximo a mi lejano pariente, el dueño de las bodegas «Agridulce». ¿Y quién me escribirá?

Tengo ¡tan escasos amigos! La letra... la letra similar a la tuya... Laura... Olor, oler, olor a arándanos. No podías, no debías tener otra identidad mejor, más noble. No, no podías. Olor, olor a arándanos frescos, no a los embotellados en orujo. ¿A qué otra cosa podía oler una muchacha sin lágrimas, con la pechera entreabierta, tan dejándose llevar entre los repollos?

Aún percibo tu cuerpo jubiloso, caliente junto al mío. ¡Ay, qué debilidad me recorre! Debo apretar bien los muslos. Muy bien. Así... Así...

— ¡Huy, qué cara de felicidad tiene hoy, amigo mío! Parece que se ha levantado con buen pie, seguro que el derecho. Ha tenido buenos sueños, ¿eh?

— No. No, señor.

— ¿Bromea?

— En absoluto.

No me ponga cara de juez. Hágame el favor. No le pega. Bien, permítame tomarle el pulso. Perfecto. Ahora veamos esa tensión que tan de cabeza nos trae a ambos. Está descompensada. No puede dejar de tomar los comprimidos, ¡de ninguna manera! Y, por supuesto, evite emociones fuertes. Por lo demás funciona usted como un reloj, es decir, tan bien como el de la Puerta del Sol, ¡que ya tiene años!

— ¡Si lo sabré yo! como que es obra de un paisano mío, Losada, aunque como siempre mi frágil me-

moria me impide recordar dónde lo leí. No obstante, normalmente todos los años, la noche de Año Viejo, cuando transmiten las doce campanadas, casi siempre desde este reloj, el locutor nos lo mienta.

Cada vez que digo «casa» ya no se me hinchan los carrillos. ¿Te das cuenta? Dicho pensamiento se me estaciona con tristeza. Vaya, que me pone pesaroso. Y no quiero, no quiero. Claro, esta casa no es la nuestra, natural. Oyes, las casas no son según se miran sino como se sienten. ¿No te parece a ti? Y yo, y tú también, me consta, llevamos, conllevamos muy adentro nuestra casa. Tan adentro que ella y sólo ella salva estas horas abrumadoramente tediosas. «Vamos a pintar de salmón la habitación nuestra. La pintura está ya bastante ajada. Luego pondremos unos muebles claros; no, mejor, oscuros, que resalten. Los contrastes tienen un encanto especial. También deberíamos reformar la del niño, pero habrá que aguardar un poco más, a que vendamos las manzanas».

— Buenas, Sr. Bodelón. ¿Qué, todavía hipnotizado por el pasado?

— Eso no le importa a nadie, y mucho menos a un viejo que inventa cegueras. Pues, no obstante mi ligero entumecimiento en las piernas, puedo caminar al estruendo juvenil y apreciar las mejillas encen-

didas. Así que ¡váyase al diablo usted y sus impertinencias! —dijo con mirada canina—.

— Vamos, vamos, la cosa no es para tanto. No se excite. No merece la pena. Entienda que la hurañía no es saludable en ningún caso. Por ello considéreme, si puede, amigo suyo.

— ¡Gracias!; me las arreglo fenómeno.

¡Ya está bien! Eso de que quieran leer disimuladamente en mi cara cerrada y seria, no lo tolero. ¡De ninguna manera! Que me dejen en paz con mis monomanías, hermosas monomanías, Sr. Machado, don Antonio, como usted, muy sagaz, dice. Bueno, usted no dice exactamente eso. Lo digo yo. Disculpe. Pero volviendo sobre el tema, no estoy dispuesto a colgarlas en el perchero. Eso nunca. ¡Nunca! ¡Jo, qué agitado me he puesto! Debo calmarme, controlarme. Me lo acaba de decir el doctor Pallín. La verdad, no sé por qué me ofendo tanto. Sí, cierto, hay mucho de hurañía en mí, y, cómo no, mucho de angustia en mi necesidad de herirla profundamente, intensamente, de acuchillarla, si cabe. Sin embargo, me domina con un poder misterioso, casi sobrenatural, como no había ocurrido antes. No tengo remedio. Me he vuelto insoportable, despreciable. ¿Cómo he alcanzado este punto sin retorno? Debo regresar. No puedo seguir así. Si no cambio puede que todos, aparte de





concionar odiosidad sobre mi figura, aprovechen mis más mínimos errores contra mí y no me reste más que una suprema soledad. ¿Te das cuenta, Laura? Sí, sí, necesito llegar a un punto de ablandamiento... No, esto no es una insensata pretensión, ¿verdad?

Laura, mi Laura, aquel martes, veintisiete de enero, Santa Angela de Mérici, entre los repollos. Repollos de asa de cántaro, los que me gustan en el caldo. ¡Qué sabroso! Sobre todo si se deja de un día para otro. ¿A que sí? No, qué tonto. No, no fue en enero. Entonces hacía un frío atroz. Había nevado como nadie recordaba en el pueblo cuarenta años atrás, ni siquiera la Graciana, que decía saberlo todo con pormenores completos. ¡Qué bobadas! Si a las mujeres se os borran los recuerdos al parir, como comentaba no sé quién. ¡Figúrate, la Graciana con ocho hijos! Bueno, igual exagero algo. Puede. Sí, sí. No, no se os borran los recuerdos. ¡Vaya estupidez! Sabes, también me he vuelto estúpido.

Ocurrió por San Cayo y San Sotero, el veintidós de abril, un sábado diferente a todos. ¿Cómo pude olvidarlo? Laura... Laura... Antes Luzdivina Valcarce, Angela Lamas y Elisa Pereira. Todas fogosas, frondosas, pomposas, animosas, garbosas, apetitosas, lechosas, sudorosas os prolongabais removiendoo, en recepción plena y salvaje. Pero tú. Tú. Unica. Dis-

tinta. Con tu bulle bulle. ¡Cómo me enamoré para gran enfado de mis padres, quienes no simpatizaban con los tuyos por aquello de los linderos comunes! Laura, mi amada Laura, volcán, más que volcán. ¡Cuánto te eché en falta durante la mili! Y no era para menos. Hubiese deseado escribirte una, diez, cien, mil, millones de cartas si no fuese porque el cartero acudía de pascuas a ramos. ¡Qué manía con las frases hechas! Nada, no tengo remedio. Está visto y comprobado. Tampoco pude llamarte por teléfono. Como sabes bien éste constituía una ausencia permanente en Gordolobo.

En fin, con todo este bagaje de recuerdos decentes, porque son decentes, que nadie ose desdecirme, se me viene a la garganta un dulce borbotón de vida.

Mi amada Laura, mi entrega última y primera y mi hora fatal, tan en mañanas como ésta todavía te contemplo arrebujaada en mi gabardina verde. Mírala, ahí está, en esa taquilla; una taquilla metálica, gris, desconchada, que huele a tí, a tu rubeola, a tus papearas, a tu rosáceo. A todas tus cosas, incluso a tu tierna infancia con tu aspecto de bibelot adorable.

Laura, Laura, toda enterita para mí creces y creces, sobre todo a eso de las diez de la noche, hora en que me invade una depresión sin fondo, sin calculable efecto psicológico, según el doctor Pallín. Sin

duda porque a esa hora arrimo una silla a la mesa para tí y no acudes. No acudes...

Sabes, ahora siempre cierro la puerta con el objeto de sentirme aislado, confinado. Y a veces canto, pero sólo para encubrir mi tedio, mi desesperación sin nombre, no como en la trilla, cuando te ponías a tiro para que te besara. «Hijo, tú... tú estás incendiado por esa mujer... No puedes disimularlo. Si no ¿a qué viene tanta canción amorosa? Escucha, escucha: ella te vencerá, te derrotará, te arrollará». Sí, claro que sí. Me arrollaste de una forma insólita. ¡Quién lo iba a decir, yo, el juguetón, el mariposón! Únicamente mi madre con sus dotes desconocidos de pitonisa, lo olía, lo presentía, lo barruntaba, lo auguraba. Por eso alguna que otra vez comenzaba a rugir palabrotas impropias de ella: «Más valdría que te marches lejos, adonde ni por asomo vieses a ese trago, a esa cabrona, a esa hija de...». Tales traspiés verbales originaron un enfrentamiento entre ambos, hasta el extremo de no hablarnos, a pesar de que uno y otro lo deseabamos. Más tarde consideré inútil aquella hostilidad y opté por hacer caso omiso de los referidos insultos.

Ignoro cómo se enteró de la primera vez en que nos enfadamos. A propósito, nos enfadamos pocas veces, ¿te das cuenta? Lo cierto es que recibió un

alegrón enorme. Me consta que se le abrieron las puertas del cielo. Otra frase hecha, ¿no? En fin... Sin embargo, poco le duró a la pobre, dos semanas, dos semanas que para mí supusieron una eternidad. Y todo debido a que yo advertí, ¡ciego de mí! una ligera inclinación en tí por Evaristo Curreal. Y es que la idea de que fueses de otro me volvía loco, me sacaba de mis casillas. «Vete con él. ¡Vete!, ¿acaso crees que a mí me faltan mujeres? ¡A puñados, a puñados! ¡Imbécil! ¡Estampas, verdaderas estampas! Sólo una payasa como tú puede sentirse atraída por ese calavera». «Eh, ¿qué insinúas? Eso no tiene pies ni cabeza. Déjame en paz. ¡Vete a la mierda, a la mierda, ¿lo oyes?! ¿Quién te crees que eres? No quiero volver a verte nunca más. ¡¡Nunca!!

¡Jo! cuánto ruido. Me enerva. Me saca de quicio. Esto más que lo que es parece una casa de locos: voces, carcajadas, alaridos, lamentos. No obstante, de vez en vez algún que otro contoneo me hace olvidarme de mis dengues. ¡Con lo bonito que son los contoneos, en especial el tuyo. Tan señorial, tan exquisito que no parecías campesina. Lo comentaba todo el pueblo. Es más, cuando los forasteros acudían a la fiesta se quedaban tan sorprendidos que afirmaban rotundamente que tu belleza y finura eran tanta que de ninguna manera trabajabas el campo. ¡Qué equi-

vocados! No te habían visto arar, sembrar, segar, como yo.

¡Huy, si estoy hablando en voz alta! ¿Qué van a pensar los demás? Estas paredes de papel... ¡Qué asco! Con lo insonoras y calientes que eran las de nuestra casa, toda de piedra. ¿Y los gallos? Los gallos rondando temprano a las gallinas para cubrirlas. ¿Y las vacas? Recuerda, la Gallarda era la que más leche daba, con mucho; una leche con abundante nata. Tu padre, bien lo sabes, no le gustaba, por lo cual la colaba con una manga de café. ¡Siempre tan extremo tu padre! De alguna manera se lo indicaba tu madre. Eso sí, muy comedida: «¿No piensas que le quitas lo mejor? ¿Por qué crees que nos dan un duro más en el litro de esta vaca?» ¿Y las truchas? Las truchas cortejando a las abairas<sup>1</sup>. ¿Y aquel aire montaraz silbándonos alegrías desde Capeloso? Aquel aire que nos acercaba, nos penetraba, nos erotizaba, ¿dónde estará? ¿A qué no lo adivinas? Muy sencillo, lo archivé en la memoria. Quería darte una sorpresa a tu llegada. Te la reservo aún. Confiesa que la idea te agrada. Sí, te agrada; a ti te agradan las mismas cosas que a mí. Bien probado lo tengo, por eso decidí archivarlo, lo mismo que las manzanas.

1. Abairas: avellanos.

las manzanas

las manzanas.

Laura, mi inolvidable Laura..., menos mal que no hay mal que cien años dure. ¡Uf, otra frase hecha más! No, no. Ya no sé lo que me digo. Se trata de un refrán hermoso, esperanzador, como tú, como tu cuerpo horizontal entre los abedules...

— Sr. Bodelón, Sr. Bodelón, la comida. Hoy tenemos sopa de cocido, garbanzos con repollo y la-cón, y tarta de manzanas para el postre. Hemos hecho un extraordinario en honor de nuestro patrón, San Alfonso María de Ligorio. Ande, no se haga de rogar. ¿Me oye? ¿Me oye, Sr. Bodelón? ¡Ay, si está helado! Dios mío, que venga el médico. Rápido. De prisa. El médico. Por favor.

Viejos renqueantes se introducen en el comedor como de costumbre. Mas hoy la tristeza sube a sus ojos vidriosos. Tratan de comprender y no salen de su asombro. En la pared central un televisor en blanco y negro guarda silencio, un silencio que crece incontenible mientras un vetusto carillón desmaya segundos sin parar.

Arsenio Bodelón Lechuga quiso viajar hasta Laura sin abrir su boca languada, en silencio, con su prieta soledad en sus bolsillos de pana, sí pensando,

sí amando con sus huesos gastados por la artrosis de manera fogosa, cuando piadosamente subía por su espinazo alguna que otra pulga, a tiro de un catarro, justo en el momento en que desde la ventana de su habitación divisaba a lo lejos el precio de la nieve y un letrero sobradamente visto: «Residencia Geriátrica La Conformidad».











*Ediciones*

Diputación de Salamanca